
El sacerdocio

El sacerdocio común en la penumbra. El Concilio y un cambio de perspectiva. Sacerdocio común y sacerdocio jerárquico. La Iglesia, una comunidad sacerdotal. El matrimonio, verdadero acto de culto. La familia, "Iglesia doméstica". Los padres, sacerdotes para con sus hijos.

El ritualismo y el abuso de poder del clero de su tiempo llevó a Lutero a la negación del carácter sacramental del ministerio sacerdotal. Nadie podría, en adelante, invocar una ordenación sacramental que le permitiese ejercer, en nombre de Cristo, un derecho de autoridad sobre la comunidad. A la supremacía del clero, Lutero opone los textos de la Escritura que hablan del **sacerdocio común** de los fieles. En su libro, **A la nobleza cristiana**, Lutero afirma que "puesto que todos somos sacerdotes con el mismo derecho, nadie debe distinguirse de los otros y tener la osadía, sin nuestra conformidad y elección, de hacer aquello para lo cual todos tenemos poder, puesto que lo que es común nadie debe atribuírselo sin la voluntad y decisión comunes. Y si sucediera que alguien fuese elegido para tales ministerios y depuesto luego de haber abusado de ellos, volvería a ser lo que antes era. Por eso, el estado sacerdotal no debe ser, entre la cristiandad, otra cosa que una función: mientras la persona ocupa el ministerio, está al frente; en cuanto se le destituye, es un aldeano o un ciudadano como los demás. Ahora bien, en verdad, nadie es nunca sacerdote desde que está destituido. Pero ellos han inventado caracteres indelebles, y claman diciendo que "un sacerdote destituido es, no obstante, algo muy distinto a un simple laico." Para Lutero, todos los fieles de Cristo tienen el mismo poder llegado de lo alto. Un grupo de laicos, en un desierto, si no hubiera entre ellos ningún sacerdote consagrado por un obispo, podría

escoger a uno del grupo y confiarle el ministerio de bautizar, de celebrar misa, de absolver y de predicar. Este tal "sería realmente sacerdote, como si lo hubieran consagrado los obispos y todos los papas".

Como era de esperar, el ataque al **sacerdocio jerárquico** provocó la reacción del Concilio de Trento: "Si alguno dijere que no existe en la Iglesia católica una jerarquía, instituida por disposición divina, que consta de obispos, presbíteros y ministros, sea anatemá" (ses. XXIII, can. 6). El Concilio censura, además, la afirmación de que "todos los cristianos, sin distinción, son sacerdotes del Nuevo Testamento y poseen igual poder espiritual" (ibid., cap. 4).

Este enfrentamiento de **Reforma** y **Contrarreforma** fue la causa de que durante largo tiempo, desde Trento hasta Pío XII, los teólogos católicos se ocupasen preferentemente de reivindicar la institución divina del **sacerdocio jerárquico**, dejando en la penumbra el **sacerdocio común** de los fieles proclamado por la primera carta de S.

Pedro: "también vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un **sacerdocio santo**, para ofrecer sacrificios espirituales, adeptos a Dios por mediación de Jesucristo... vosotros sois linaje elegido, **sacerdocio real**, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" (1 Pedro 2,5.9).

del pueblo de Dios

CONCILIO VATICANO II

El siglo XX es testigo de un cambio de perspectiva. La encíclica **Mediator Dei** (1947) y, sobre todo, la alocución **Magnificate Dominum** (1954) de Pío XII acompañan la aparición de numerosos estudios de las fuentes cristianas que contribuyen a que el sacerdocio común de los fieles recobre su verdadera dimensión en la conciencia de la Iglesia católica.

Fruto de este cambio de perspectiva es la constitución dogmática **Lumen Gentium** del Concilio Vaticano II, primer documento conciliar en el cual el Magisterio de la Iglesia se pronuncia explícitamente sobre el **sacerdocio común** de los fieles: "Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cfr. Hebr. 5, 1-5), de su nuevo pueblo hizo un reino y sacerdotes para Dios, su Padre (Apoc. 1,6; cfr. 5,9-10). Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y **sacerdocio santo**" (cap. 2, n. 10).

No se debe pensar, sin embargo, que esta afirmación del Concilio Vaticano II corrige la posición de Trento. El **sacerdocio** común no se opone al **sacerdocio** jerárquico conferido por el sacramento del orden. Por lo contrario, "se ordenan el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo" (**Lumen Gentium**, *ibid.*). Ambos sacerdocios son complementarios, pero la distinción entre uno y otro, como ya lo había enseñado Pío XII, es una **diferencia esencial** y no sólo gradual. La distinción entre el sa-

cerdocio común de los fieles y el sacerdocio jerárquico es, por tanto, más profunda que la diferencia de grado que existe entre el diaconado, el presbiterado y el episcopado.

Lo propio del sacerdocio jerárquico, dice la **Lumen Gentium**, es la **potestad sagrada** que éste posee para formar y dirigir el pueblo sacerdotal, confeccionar el sacrificio eucarístico en la persona de Cristo, y ofrecerlo en nombre de todo el pueblo de Dios. Se pone así el acento en la potestad sagrada por la cual el sacerdocio jerárquico tiene la función de obrar como mediador en cuanto representante, a la vez, de Cristo y del pueblo. Por su parte, el sacerdocio común confiere a los fieles el poder tomar parte activa en los actos religiosos que tienen un carácter sagrado y comunitario: "los fieles, en virtud de su sacerdocio regio, concurren a la ofrenda de la Eucaristía y lo ejercen en la recepción de los sacramentos, en la oración y acción de gracias, mediante el testimonio de una vida santa, en la abnegación y caridad operante" (*ibid.*).

El **sacerdocio jerárquico** tiene su sentido en el sacerdocio común de los fieles, pues aparece ordenado a él como un **servicio** que se presta en la Iglesia, un ministerio, del cual se sirve Cristo para poner al alcance de su pueblo la fuerza salvadora de su Evangelio por la predicación de la palabra, la administración de los sacramentos y la dirección pastoral.

A su vez, el **sacerdocio común** se orienta al sacerdocio jerárquico, porque en él encuentra lo que necesita para vivir su fe y cumplir su misión.

EJERCICIO DEL SACERDOCIO COMUN

El **sacerdocio común** del pueblo de Dios se realiza en la vida sacramental y en la conformación moral personal con Cristo: "El carácter sagrado y orgánicamente estructurado de la comunidad sacerdotal se actualiza por los sacramentos y por las virtudes" (n. 11). Ambos aspectos están, en realidad, íntimamente relacionados, porque los sacramentos, por voluntad de Cristo, son la expresión institucional de la entrega a Dios en la práctica de una vida virtuosa.

El **bautismo** incorpora a la Iglesia y por el carácter sacramental destina al culto de la religión cristiana. A este sacerdocio común, recibido en el nuevo nacimiento del bautismo, está ligada la obligación de profesar delante de los hombres la adhesión a la fe recibida de Dios por la mediación de la Iglesia.

La **confirmación** fortifica los lazos de unión con la Iglesia y comunica una fuerza especial del Espíritu Santo que capacita para ser testigo de Cristo frente al mundo.

La **Eucaristía** es la fuente y cumbre de toda la vida cristiana. En ella la comunidad sacerdotal ofrece a Dios la Víctima divina y se ofrece a sí misma juntamente con ella. Por las manos del sacerdote, los fieles ofrecen a Cristo-Hostia y se inmolan con Él de manera que su ofrenda forma parte integrante del culto litúrgico. La **comunión** produce y realiza la comunidad cristiana porque la Eucaristía es el sacramento de la unidad de la Iglesia. La sagrada **synaxis** (liturgia eucarística) es una reunión, una asamblea cordial, en la que se forja la unidad de todo el pueblo de Dios, no sólo en el rito exterior, sino también en la realidad total de la vida.

El sacramento de la **penitencia** tiene un doble efecto: el perdón de la ofensa hecha a Dios y la reconciliación con la Iglesia. Es la primera vez que un documento conciliar habla del aspecto eclesiológico de la confesión sacramental. El vínculo del bautizado con la Iglesia se afloja con cada pecado. Aún más, la misma Iglesia es herida por cada pecado de sus miembros, porque aunque el pueblo de Dios alcanza su santidad plena en la sangre de Cristo, esta santidad no existe fuera de los miembros concretos. Por eso, todo pecado tiene una dimensión eclesial y necesita, para ser borrado, no sólo el perdón de Dios sino también un acto de la Iglesia.

"Quienes se acercan al sacramento de la penitencia obtiene de la misericordia de Dios el perdón de la ofensa hecha a Él y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que hirieron pecando, y que colabora a su conversión con la caridad, con el ejemplo y la oración".

La **unción de los enfermos** debe entenderse como una ayuda de la Iglesia para una victoria cristiana sobre la enfermedad y sobre la muerte. "Con la unción de los enfermos y la oración de los presbíteros, toda la Iglesia encomienda los enfermos al Señor paciente y glorificado, para que los alivie y los salve, e incluso los exhorta a que, asociándose voluntariamente a la pasión y muerte de Cristo contribuyan así al bien del Pueblo de Dios."

Bautismo y unción de los enfermos cierran la lista de los sacramentos por los cuales el individuo es constituido y perfeccionado como miembro de la comunidad sacerdotal.

El orden y el matrimonio, cada uno a su manera, están orientados a la construcción del Pueblo de Dios.

El **orden**, en todos sus grados, se ordena al servicio de la Iglesia por medio de la capacitación que confiere para anunciar la palabra, administrar los sacramentos y para la conducción pastoral.

Por el sacramento del **matrimonio** los esposos cristianos son signo y participación del misterio de unidad y amor fecundo entre Cristo y su Iglesia. En virtud del sacerdocio común, el matrimonio es, para los bautizados, un verdadero acto de culto. Su fruto es la ayuda mutua para santificarse a través de la vida conyugal y de la procreación y educación de los hijos. La familia es una "especie de Iglesia doméstica" donde "los padres deben ser para sus hijos los primeros predicadores de la fe, mediante la palabra y el ejemplo, y deben fomentar la vocación propia de cada uno, pero con un cuidado especial la vocación sagrada" (n. 11).

De esta manera, bajo la idea del **sacerdocio común** y del **sacerdocio jerárquico**, el Concilio realza el carácter sacerdotal permanente de todo el pueblo de Dios y del individuo en cuanto miembro de la comunidad cristiana.

Enrique J. Laje, S.J.